

Fernando Botero Herrera, *Estado, nación y provincia de Antioquia. Guerras civiles e invención de la región 1829-1863*, Medellín, Hombre Nuevo, 2003, 198 p.

Después de años dedicado a la historia económica y urbana de la región, el profesor Fernando Botero Herrera incursiona en la historiografía política con un trabajo de la mayor actualidad, pues, como advierte en los preliminares, aborda una problemática sugerida ante los debates del mundo occidental en torno al asunto de la formación del Estado y la Nación. Menciona estudiosos como Eric Hobsbawm, Charles Tilly, Norbert Elias e Immanuel Wallerstein, quienes han relacionado el tema con la formación del capitalismo y la llamada Economía-mundo en el marco de la modernidad.

Botero deja claro que, paradójicamente, estos asuntos fueron retomados por los historiadores justo cuando las grandes figuras del Estado-nación comenzaron a tambalear, ya fuera por la caída de la Unión de Repúblicas Soviéticas, por los enfrentamientos bélicos en la península balcánica o por la

llegada de la Unión Económica Europea y la economía globalizada. En estos acontecimientos se ha evidenciado la vulnerabilidad de la soberanía nacional, atacada además por fenómenos como las mafias de drogas, patrocinadoras de guerras internas o campañas políticas, y las intervenciones -ya directamente económicas, ya implícitamente políticas- de las grandes potencias en los países en desarrollo.

Siguiendo la tendencia actual, el autor se embarca en una historia política que combina la narración de acontecimientos con explicaciones sociológicas, económicas y políticas -tomando como punto de partida teorías y conceptos de otras ciencias sociales y humanas-, que enriquecen el relato. Igualmente, hace un análisis del problema sobre el poder y su dinámica, reivindicando la necesidad, la importancia y las nuevas condiciones para una historiografía política renovada. Este trabajo constituye un

verdadero aporte al proyecto de una “nueva historia política” propuesto por el profesor Armando Martínez Garnica en su grupo de investigación de la Universidad Industrial de Santander, quien invitó a Botero a cultivarla en nuestro medio.

Para Botero, la historia de la región y la nación es “una historia paralela”, como sugirió hace algunos años Germán Colmenares; así, aclara que el Estado en la Nueva Granada fue una organización que, aunque precaria, fue respuesta y resultado de una guerra de independencia frente al poder colonial, que permitió, también, resolver el vacío de poder que creó la invasión napoleónica y el arresto del rey. La Independencia no fue tanto un proyecto como la respuesta a la violencia de la reconquista de España por parte de los criollos en Nueva Granada y otras provincias iberoamericanas.

La hipótesis de la investigación que configura este libro se basa, entonces, en la idea según la cual este Estado naciente fue objeto de luchas entre diversas fuerzas que pretendían tomar su control y buscar su legitimación. Acaecida la Independencia, se hizo importante elegir la forma de organización política, ya fuera centralista o federal, y debatir polémicas como la manumisión de los esclavos.

Por eso, en su investigación, el autor analizó los procesos de formación de las regiones, junto con su correlato, la formación de la nación como “comunidad imaginada, inherentemente li-

mitada y soberana”, según las palabras citadas de Benedict Anderson. En este caso se limitó la mirada a la región antioqueña, desde cuyo espacio se va a observar el surgimiento del Estado-nación y las relaciones de éste con las regiones. El periodo indagado va desde la Independencia hasta los primeros años de la década de 1860, intervalo donde se evidencian las relaciones “entre la región (en construcción) y el Estado central en formación”, relaciones de cercanía y distancia, y se muestran las tensiones en la construcción de la nación, de la identidad regional y la nacional; también se señala como objetivo analizar el papel de los partidos políticos, las coaliciones en el juego por el poder, las instituciones estatales, las ciudades y su entorno urbano en la formación de la identidad regional. Otro punto que se pretende abordar en el trabajo es “el papel de la guerra en la formación de la región y del Estado y viceversa” (p. 10).

Para lograr su cometido, Botero comienza criticando posiciones tradicionales según las cuales en la historia regional de Antioquia no han sido tan importantes las guerras, a diferencia de otras zonas del país; los argumentos esgrimidos por esta historiografía sostienen que los antioqueños poco participaron en las contiendas y que, si lo hicieron, dichos enfrentamientos se dieron en territorio externo, pues sus habitantes eran comerciantes más preocupados por los negocios que por la política y los enfrentamientos bélicos. Después de demostrar cómo afirmaciones

tradicionales son contrariadas por los hechos, Fernando Botero deja claro que, por ejemplo, en la guerra de 1851 Antioquia participó activamente, apoyando a los esclavistas del valle del Cauca y disponiéndose en contra de reformas en la relación del Estado con la Iglesia y, que en otras oportunidades, fue la guerra el espacio de participación política de los antioqueños, idea lejana a la imagen pacifista según la cual en nuestro territorio primaron la civilidad y el diálogo.

Ejemplos como los de los hermanos Salvador y José María Córdoba, muestran cómo los fracasos bélicos y la debilidad militar de Antioquia en enfrentamientos contra el poder central, hicieron parte de todo un proceso de construcción de la región antioqueña, la cual, más tarde, tomará distancia frente a la guerra, las regiones, el Estado central y las facciones de los partidos políticos. Por otro lado, esas condiciones y esas experiencias en las guerras de la primera mitad del siglo XIX y hasta mediados de la segunda, permitirán el repliegue de los antioqueños hacia sus actividades económicas y comerciales, rasgo que posteriormente hará parte de su identidad.

Esta respuesta de Antioquia, insiste Botero, fue el resultado de todo un proceso de participación infructuosa en las guerras; aun el periodo de relativa paz que ofreció el gobierno de Pedro Justo Berrío, entre 1864 y 1873, fue el producto del mando ganado para los conservadores en una justa frente a liberales del resto del país. Esta experien-

cia demuestra, a su vez, que la guerra fue un instrumento de lucha política, tan importante como el sufragio, cuyos resultados pasaron por alto tanto liberales como conservadores.

De hecho, la imagen de la carátula del libro, un grabado de M. L. Bosredon titulado *L'urne et le fusil*, de 1848, ilustra esta situación, común entre ciertas naciones europeas y latinoamericanas a mediados del siglo XIX. Aunque en el grabado, un hombre de extracción popular hace el ademán de rechazar el fusil mientras introduce su voto en la urna, sabemos que durante décadas el recurso de las armas no ha sido abandonado cuando de luchar por el poder se trata, y que la opción civilista del sufragio no ha reemplazado aquella práctica, una de las más constantes en la larga duración.

Otros argumentos tradicionales y simplistas también son revisados por el autor, como el referido a la primacía del conservatismo en Antioquia; contradiciendo a Frank Safford, Botero Herrera acierta al explicar cómo el ámbito político conoce una autonomía que el determinismo de ciertos enfoques economicistas excluye: comerciantes y banqueros antioqueños apoyaron a Mariano Ospina en los inicios de la guerra del sesenta, pues estaba en juego la defensa de la causa federal, actitud contraria a la que indica Safford, de unos antioqueños huyéndole a la guerra.

A pesar de su activa participación en las guerras nacionales, Antioquia

sólo cultivó fracasos militares; para el autor, este hecho, unido al triunfo del conservatismo por la vía armada, así como el éxito económico, caracterizan la particularidad de esta región en el siglo XIX. Las élites enfrentadas de las subregiones en Antioquia, repetían en pequeño la lucha entre conservadores, liberales y santanderistas, mostrando la complejidad de un panorama pleno de conflictos, lejos de la tan repetida *pax antioqueña*.

Este análisis minucioso es presentado de manera temática, y no cronológica, lo cual supera esta perspectiva que es tan común entre los historiadores; este proceder dinamiza la narrativa y, además, permite presentar las continuidades y discontinuidades de los procesos. Por ejemplo, en el segundo capítulo, titulado “La guerra y la formación de la región”, Botero presenta su tesis sobre las razones y consecuencias del repliegue de los antioqueños frente a la guerra, y el papel de esta actitud en la formación de su región durante gran parte del siglo XIX.

Entre otros tópicos analiza factores como el papel del “pago de rescates” durante la reconquista, la existencia de “estrechos lazos familiares entre realistas y patriotas”, el recurso electoral y sus vías alternativas -ya se trate del fraude, la intolerancia partidista o los móviles religiosos para apoyar o impugnar los candidatos-, la oposición de la Iglesia en la rebelión de José María Córdoba, la búsqueda de legitimidades vía los comunicados impresos, el rechazo de la población a la conscripción

militar, los empréstitos forzosos dirigidos a los miembros ricos de los grupos que habían apoyado tal o cual guerra, y “las solidaridades cruzadas y el espíritu de cuerpo”, que estuvieron implicados en la caracterización de las actitudes de los antioqueños en los procesos de constitución de su región y de la nación colombiana.

Otro aspecto notable del trabajo del profesor Botero se refiere al uso de la teoría como herramienta de análisis de estos procesos. El capítulo tercero comienza recordando al sociólogo Max Weber, de quien toma el concepto del “monopolio legítimo de la fuerza armada” como uno de los elementos fundamentales en la consolidación del Estado; en el caso de las jóvenes naciones americanas, la búsqueda de este monopolio tuvo que hacer frente a las continuas guerras internas, mientras se organizaban para mantener su incipiente orden constitucional.

Los países bolivarianos sufrían la tensión presente entre militares y civilistas o constitucionalistas, toda vez que el Libertador había concedido notables prerrogativas a sus generales, llegando al punto de que aquellos que habitaban en Venezuela y Nueva Granada, vivirían conflictos entre ellos y la población, dada la posibilidad de que tomaran el poder por las armas.

Con respecto a este problema, la propuesta del sociólogo John Keneth Galbraith le permite al autor mostrar cómo de las tres fuentes fundamentales del poder -la personalidad, la pro-

piedad y la organización-, la última conoce una forma especial de manifestación, aplicable al momento novogranadino: “cuando [la organización está] asociada al control de las armas en una sociedad en formación, donde la regulación por medio de la ley es aún muy débil, constituye una fuente por excelencia de poder y da lugar por su propia naturaleza a un amplio margen de arbitrariedad” (p. 85); al lado de la organización militar, en este caso los partidos políticos, también fueron fuentes de poder, de lealtades e identidades, en la lucha por controlar el Estado. También analiza, con ejemplos, la orientación religiosa, la capacidad económica, el rol social y el carisma, como vectores que se entrecruzan en las coyunturas, generando desenlaces a veces inesperados.

En el proceso de construcción del Estado en Nueva Granada, militares y civiles se enfrentaron continuamente, especialmente en la primera fase de la Independencia, cuando fue preciso definir las fronteras entre los poderes civiles y los militares, éstos últimos representados en los caudillos que buscaron tomar el control del gobierno. Pero los civiles también convocaron a la guerra, y hubo quienes gozaron del doble carácter, tras recibir grados militares por su participación en las contiendas libertarias y por su rango social; “es así como abundan los generales en la política de la Nueva Granada del siglo XIX, a pesar de la reiterada retórica civilista y legalista que la cubre y encubre con discreto velo” (p.

86). Los civiles, por su parte, aprovecharon el recurso de la conspiración y el atentado, y la guerra misma, para imponer sus prerrogativas sobre sus antagonistas. Para mostrar la teoría en la práctica, Botero trae a cuenta el caso del prefecto Montoya y el conflicto con Salvador Córdoba, hacia 1831, cuando el segundo se enfrentó a la dictadura de Urdaneta.

El carácter efímero de las lealtades políticas en medio de los juegos que implican a “sables y casacas negras” es visible también en otras redes de relaciones, cuya cartografía es explicitada por el autor en algunos ejemplos, actuando como un detective que encaja las piezas para explicar particularidades y, además, dismantelar mitos como el relacionado con la supuesta filiación directa del partido conservador con Bolívar. En este punto llama a continuar las investigaciones, pues en nuestra historia política hay algunas cosas por reconsiderar, como las “afinidades y actitudes hacia Obando y De Márquez con la formación de los partidos políticos”, “el asunto territorial del Cauca” en la problemática de la configuración de las fronteras limítrofes entre los países, y hasta el verdadero papel del general Obando, a quien alguna historiografía tradicional no perdona ciertos actos.

Continuando con su exposición, el cuarto capítulo aborda el asunto de la “competencia por el poder y guerra de los supremos”. De nuevo recurre a Weber y a Habermas, y hace un “análisis del poder”, entendiendo éste como

“la capacidad de imponer en cada caso la propia voluntad al comportamiento de los demás”, y como “toda oportunidad, dentro de una relación social, de imponer la propia voluntad incluso contra las resistencias”. Explica que durante los primeros años de vida independiente el inestable equilibrio de poder de Bolívar se desvaneció en la medida en que cedió ante sus seguidores, y cómo, a su vez, Santander se vio opacado, con la desaparición del cargo de la Vicepresidencia, lo que llevó al atentado contra el Libertador. En síntesis, existía una correlación de fuerzas entre ambos, el desplome del uno conllevaba al declive del otro.

El vacío de poder generado por la desaparición de Bolívar no fue ocupado por Santander, como podría deducirse; el relevo estuvo en manos de los candidatos de las alianzas que se concibieron entre miembros de ambos bandos, incluso de tendencias contrapuestas. A partir del seguimiento de la carrera política de algunos personajes destacados de la época, el autor muestra que la idea según la cual el partido liberal tiene su origen en el grupo santanderista, y que el conservador, a su vez, en los seguidores de Bolívar, es poco más que errada, pues para esta época los partidos políticos apenas se estaban formando, y muchos individuos desfilaron en escenarios antagónicos y siguieron idearios realmente opuestos.

Para evidenciar sus tesis, Botero presenta lo que denomina “el telón de fondo de la guerra civil de los cuarenta”, pugna por el poder en que se re-

novaron los odios entre los grupos que anteriormente apoyaron a Santander y a Bolívar, y que enfrentó directamente a Obando y José Ignacio de Márquez. Continúa presentando los detalles de la Guerra de los Supremos, en la cual la religión tuvo un papel preponderante; para el caso de Antioquia, analiza el diario de María Martínez de Nisser, lo que le permite mostrar percepciones que los antioqueños tuvieron de la guerra del “supremo” Salvador Córdoba contra el gobierno de José Ignacio de Márquez. Finalmente, demuestra cómo esos imaginarios fortalecieron la identidad de los partidos, con diferencias notables en su consolidación a mediados de siglo, y el desacierto de la tesis que asegura un vínculo directo entre la filiación política y la actividad económica de los miembros de los partidos liberales -comerciantes y proto-industriales-, y conservadores -vinculados con la gran propiedad territorial.

Este capítulo también aborda el apoyo y resistencia a Salvador Córdoba deteniéndose en la participación de los notables, los curas y los habitantes de diversas poblaciones; Botero se mueve por el territorio de la provincia, ubicando los focos de apoyo y de resistencia a Córdoba, y describe tanto la posición de los seguidores de Córdoba como la de los opositores. En esta descripción retoma los testimonios para mostrar la situación de los civiles, poco planteada en la historia tradicional de las guerras civiles, como anota el autor. Caso especial en estas participaciones es el del obispo Juan de la Cruz

Gómez Plata, obispo liberal, enfrentado a Córdoba más por asuntos de lealtades que por principios políticos.

El trabajo finaliza con el análisis de las “fuerzas centrífugas y rivalidades subregionales en la provincia de Antioquia”; afirma Botero que fue durante el gobierno de Pedro Justo Berrío cuando pudieron concretarse los límites y divisiones internas de la provincia de Antioquia, con capital en Medellín, proceso precedido por rivalidades entre ciudades y subregiones, específicamente entre Santafé de Antioquia en occidente, Rionegro en oriente y Medellín en el centro. Es claro que detrás de las demandas de división de la provincia y las posiciones negativas a ésta, estaban los intereses de las élites, los cuales no correspondían de forma clara a una ideología partidista concreta, es decir, ni los liberales mismos llegaron a un consenso sobre estos asuntos, lo que permite resaltar, de nuevo, que el profesor Botero se cuida de no generalizar y atender a las particularidades de las circunstancias.

El capítulo se concentra, entonces, en describir con detalle algunos movimientos separatistas, surgidos en Antioquia a partir de 1837; se detiene en la coyuntura de la guerra civil de 1851, cuyos móviles fueron la ideología partidista, el asunto del sistema federal y la cuestión religiosa. Finaliza mencionando que a partir de 1855 Medellín se erigió como el punto central que subordinó a la periferia, característica esencial del periodo de gobierno del conservador Pedro Justo Berrío,

quien llegó al poder gracias al uso de las armas, en un momento en el que en el resto del país dominaban los liberales.

Cabe anotar que al final del libro hay nueve mapas, unos con datos sobre población, otros con detalles sobre la división político administrativa de la provincia y su ubicación en la Nueva Granada, y sobre rutas comerciales y actividades económicas en diversos momentos del periodo. Esta información visual complementa la exposición narrada, aunque en el texto no hay llamados explícitos, lo que puede ser una desventaja para el lector menos entrenado.

Finalmente, el autor asevera en su conclusión que la guerra es la continuidad de la política en otros escenarios acudiendo a estrategias violentas, como lo sugiere Karl Von Clausewitz, y que fue un recurso, además de la retórica de las leyes, para que los dos partidos alcanzaran el poder. Este libro confirma que tanto liberales como conservadores promovieron la lucha armada durante gran parte de la historia de Colombia, lo que demuestra, también, que la democracia de nuestro país no es precisamente un modelo a imitar.

Catalina Pérez Builes

Historiadora, Candidata al Doctorado en Historia y Becaria del Programa Becas para estudiantes sobresalientes de posgrado de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.